

CUENTO DE HADAS PARA EL FIN DEL MUNDO CAMILA URIOSTE

Alicia

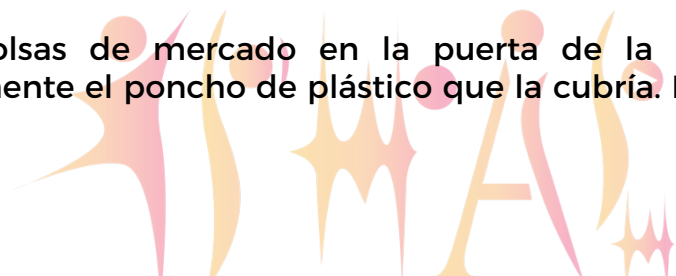
Desde hace tres semanas que Alicia convive en el departamento con cuatro cuerpos extraños, entre cadáveres y moribundos. En el suelo junto a la entrada hay un cadáver cubierto de plástico azul. Parece ser de un hombre de alrededor de cincuenta años, pero Alicia no se ha atrevido a verificarlo. En la esquina del fondo del living, los restos quemados de un cuerpo que podría ser de una mujer. Huelen a carne cocida. De nuevo, Alicia no se ha atrevido a cerciorarse. Una mujer mayor, de la edad de su madre, está acostada en el sillón, en bata de hospital, ahogándose y hablando suavemente por teléfono, siempre a punto de morir. Por último, una doctora joven vestida de astronauta con dificultades para respirar ha colapsado debajo de la mesa del comedor. A veces murmura cosas en italiano. A veces se pone a luchar con un gigante invisible.

Al principio, Alicia se asustó, pensando que eran fantasmas. Cuando hubo reunido suficiente valor y se sentó al lado de la anciana moribunda en el sofá, y sintió el calor que emitía su cuerpo, un profundo alivio descendió sobre ella. Al resto de los cuerpos los mantuvo lejíto, pero pronto se dio cuenta que, como la anciana, eran volúmenes que ocupaban espacio, no fantasmas, no hologramas fabricados por su imaginación.

Amor parecía no verlos, lo cual reforzaba la teoría de los fantasmas, pero la constancia de su presencia y su al-menos-luego-de-tres-días-aparente inocuidad hizo que pronto Alicia conviviera con ellos como si fueran parte del mobiliario, tropezándose de vez en cuando con el pie de alguno, usándolos para apoyar la cabeza o una taza de té.

Cuando se cumplían tres semanas de su presencia, un viernes alrededor del mediodía, Alicia llegó al departamento con bolsas de mercado, usando barbijo y lentes de protección, guantes de látex en las manos, cubierta de pies a cabeza por un ponchillo de plástico con capucha.

Dejó las bolsas de mercado en la puerta de la casa. Se sacó cuidadosamente el poncho de plástico que la cubría. Lo colgó en un



perchero junto a la puerta, justo encima del cadáver cubierto por plástico azul. Se sacó el barbijo y lo botó en el cesto de basura. Tomó un difusor de un estante junto a la puerta y roció las bolsas de mercado. Roció también abundantemente el ponchillo de plástico. Se sacó los zapatos y los fumigó en detalle. Se puso pantuflas. Se sacó uno de los guantes de látex cuidadosamente y lo botó en el cesto.

Estaba por sacarse el otro, pero lo pensó un momento. Procedió a lamerse toda la mano cubierta por el guante, cuidando de repasar con la lengua todos los recovecos: la palma, el dorso, los dedos hasta la punta. Se sacó el guante lamido y lo botó en el cesto. En eso, oyó a Amor que la llamaba desde el dormitorio.

-¿Amor?

¡Sí!

-¿Cómo te fue? ¿Encontraste el dentífrico de aloe?

-¡Sí!

Alicia fue al sillón, pisando accidentalmente el pie del cadáver de la entrada, y se tumbó sobre la señora que se ahogaba eternamente, su cuerpo blando y tibio, su respiración desahuciada.

Alicia se miró las manos. Cada ranura, cada arruga diminuta, las puntas de sus dedos.

Las posibilidades.

Los audios de Whatsapp

Audio de Whatsapp 1: Buenas tardes a todos, quiero compartir con ustedes una información muy valiosa que me pasó mi cuñada que trabaja al lado de un hospital donde *no* atienden casos de coronavirus pero saben mucho de vulnerabilidad. Atiéndanme todos: las personas más vulnerables al coronavirus son quienes tienen comprometido su sistema inmunológico. Entiéndase: personas con diabetes, personas mayores de 65 años, personas que fuman, aún sea un cigarrillo de vez en cuando, obesos, pesimistas, personas cuyas vibraciones energéticas están por debajo de los 45 Hertz, personas

que leen demasiadas noticias, personas con enfermedades autoinmunes, personas autodestructivas, malnutridas o malintencionadas. Si usted se siente identificado o identificada con alguna de estas categorías, por favor no salga de su casa bajo ninguna circunstancia. Diosito me los guarde.

Audio de Whassaap 2: Hola, quiero compartirles una información importante, una información vital a las personas que mínimamente me importan, ya que, como ustedes saben, soy Médico Neumólogo Especializado en Enfermedades Contagiosas, con un Postgrado en Difusión Viral de Información de Utilidad Pública en Redes Sociales. Entonces vengo a contarles que el virus, cuando entra al cuerpo, se aloja en la garganta durante 4 días antes de descender al pecho, ¿de acuerdo? Cuatro días se queda ahí, específicamente en la mucosa que rodea las ganas de gritar. El virus aprovecha las fibras del llanto no llorado para adherirse a las células de la faringe y comenzar su dañina labor. Es ahí cuando hay que atacar. En esa ventana de cuatro días desde el ingreso del virus y su alojamiento en el llanto y en el grito truncados. Ahí puede ser fácilmente aplacado por infusiones aromáticas y bebidas calientes, como el chocolate, el api y la leche dorada.

Si el virus no ha sido destruido en la garganta, pasará inevitablemente a los pulmones. Hay en los pulmones unos bolsillos de viento que riegan la sangre de oxígeno inhalado. En las membranas de esos bolsillos de viento es que duermen los dolores de la infancia. Son esos los que el virus ataca, los revienta, estrangulando la sangre, llenando el pecho de un dolor insoportable que, al cabo de dos días, deviene en la muerte.

No permita usted que eso pase. Una vez en los pulmones, ya es demasiado tarde. Si quiere salvarse, debe actuar antes, cuando está ahí arriba, en la garganta. Si quiere destruir completamente el virus en su cuerpo, debe sucumbir a las ganas de llorar, eliminándolas por completo. Debe destruncar el grito, para decirlo de alguna manera. ¿Qué significa? Póngase a gritar, hija, póngase a llorar todo lo que haga falta, suéltelo todo, grite y llore hasta que suelte todo, grite y llore hasta que en la garganta de usted no quede un solo sitio del que ese hijoeputa pueda agarrarse.

Audio de Whassaap 3: ¿Que cómo se evita el contagio? Es sencillo. Escucha. Cuando vuelves del supermercado, o del banco, donde hayas tenido que ir, inmediatamente te quitas los zapatos y los rocías con una solución de agua oxigenada o alcohol al 70%. Luego te lavas

las manos, luego te bañas, luego cuelgas inmediatamente la ropa al sol, una hora de un lado y una hora el otro. Si por algún motivo no hay sol, escúchame bien, si saliste tarde y ya no hay sol o si es un día nublado, y no hay sol, quema la ropa en una hoguera en el jardín. Tú, desnuda, bailas catala y tregua alrededor de la ropa que arde, invocando el nombre de Cortázar, y luego corres adentro a bañarte y beber una infusión calentita de romero y canela. El romero es una hierba extraordinaria para calentar los pulmones. Deja que el bicho muera calcinado. Si no tienes jardín o terraza donde hacer la hoguera, y sospechas de que ese día no irá a salir el sol, la solución es simple: no salgas de tu casa.

Alicia

Las posibilidades. Entonces sonó su teléfono. Era su madre, llamando por Whatsapp. Alicia fue a la mesa del comedor, donde su celular sonaba. Al sentarse, colocó los pies sobre la doctora colapsada. La conversación ocurrió tal como se transcribe a continuación:

-Hola mami.

-¿Conseguiste carne?

-Sí. Carne de soya. La fila era muy larga para la otra.

-Qué barbaridad. Tienes que consumir hierro. ¿Viste el audio que te mandé al Whatsapp?

-¿El de fortalecer el sistema inmunológico con jengibre y limón?

-Sí.

-¿Qué tiene que ver con la carne?

-¿Cómo vas a fortalecer tu sistema inmunológico si tienes anemia?
¡Así no hay limón que valga!

-Dale, mami. ¿Y tú cómo estás?

-Bien. ¿Te lavaste bien las manos al llegar del mercado?



-Usé guantes.

-¿Ya los tiraste?

Alicia miró furtivamente el cesto de basura.

-Ya los tiré.

-Te sacaste la ropa y la metiste a la canasta de ropa sucia.

-Usé ponchillo. He recibido todos tus audios y videos de Whatsapp, estoy muy bien informada. Estoy demasiado bien informada.

-No se puede estar demasiado informada, Alicia.

-Sí se puede. Sé cuántos cadáveres quemaron en las calles de Guayaquil esta semana, porque las morgues no pueden hacerse cargo de los muertos; sé cómo se escucha una persona ahogándose en una cama de hospital sin respirador; sé cómo se ve un médico disfrazado de teletubi que está a punto de colapsar junto con el sistema sanitario de su ciudad; sé que una mujer de mi edad en Nueva York se despidió de su madre moribunda por Whatsapp, que no le pudo acariciar la cabeza ni sostener la mano mientras se moría. Lo que no sé es cómo estás tú porque cuando te pregunto cómo estás tú me respondes con instrucciones para lavarme las manos.

Hubo un silencio largo. Luego mami en Whatsapp respondió:

-Estoy bien, hija.

-¿Lograste ir a hacer

compras? Mami en

Whatsapp dudó.

-Sí.

-Mamá. ¿Me estás mintiendo?

-Prefiero no salir.

-¿Y qué vas a comer? Puedo ir a dejarte comida.

-¡Es demasiado lejos! No hay autos, ¿en qué vas a venir? No, además con lo bien que sigues instrucciones seguro ya estás infectada.

-Ojalá.



-¿Qué?

-He estado pensando en cuentos de hada en cuarentena, ¿quieres que te cuente uno?

-¿Dijiste ojalá?

En eso entró Amor en pantuflas, pantalón de pijama y musculosa. Parecía Brando en Un Tranvía Llamado Deseo. Se detuvo al ver a Alicia, como si la hubiera descubierto infraganti.

Alicia colgó la llamada. Amor se acercó a Alicia, le tocó la mejilla como sintiendo la temperatura, le olfateó el cuello. La miró de nuevo. La conversación se desarrolló tal cual lo reproducimos a continuación:

-¿Qué te pasa?

-Estás chaposa.

-Me insolé. Hacía calor.

-Tardaste bastante.

-Había cola.

-Me parece que tienes fiebre.

-No. No es eso.

-¿Cuándo es la última vez que te pusiste así, toda chaposa? ¿Te

acuerdas? Hubo un silencio. Luego siguieron:

-¿Cuándo fue, te acuerdas?

-Ay, amor. No tiene nada que ver.

-¿No?

Alicia se sentó en el sillón, encima de la señora moribunda. Amor le dedicó una sonrisa sarcástica, fue hacia la puerta de la casa, tomó las bolsas de mercado y se las llevó a la cocina. Alicia oyó sonidos de desempaque, de puertas y cajones que se abrían y cerraban, del agua del grifo cayendo en el lavaplatos.



Alicia lo siguió a la cocina.

-Se me ocurrió una idea para cuentos de hadas en cuarentena. ¿Quieres escuchar uno?

Sin esperar respuesta, Alicia empezó a contar:

-La bella durmiente. Cuando la princesa Aurora nace, el hada Maléfica le lanza un hechizo: al cumplir 16 años tomará sopa de murciélago y se contagiará de un virus que la hará dormir para siempre, no sin antes recorrer todo el reino estornudando y tosiendo y, así, contagiando a todos los ciudadanos que, a su vez, caerá dormidos. La única cura para el virus es un beso de amor verdadero. Entonces, el Príncipe de un reino vecino...

Alicia se quedó callada. Amor la miró, secándose las manos con un trapo.

-El príncipe de un reino vecino...

-No sé. Logra ser inmune al virus, no sé cómo. Tal vez se toma una sopa de murciélago en el palacio de Maléfica, confiando en sus altísimas defensas construidas a base de jengibre y limón en ayunas y entonces, inmune a la enfermedad, va al palacio y besa a Aurora sin barbijo y salva al reino.

-Ah.

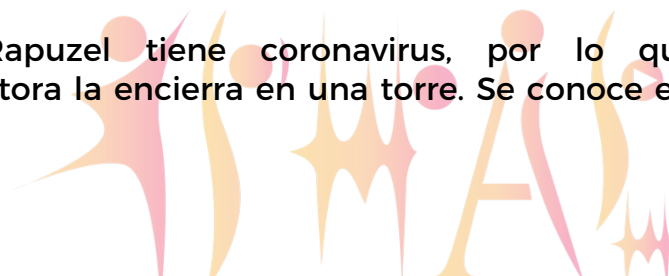
-Pero no se queda ahí. El Príncipe Inmune recorre el planeta acompañando a las personas en sus lechos de muerte. Y asistiendo a los funerales silenciosos y vacíos. El Príncipe Inmune se da cuenta de que la inmunidad es un súper poder, y lo usa para acariciar la cabeza de las ancianas y susurrarles cosas lindas mientras mueren.

-Te olvidaste el aceite.

-Perdón.

Cuentos de hadas para el fin del mundo

Rapuzel: Rapuzel tiene coronavirus, por lo que su madre sobreprotectora la encierra en una torre. Se conoce en línea con un



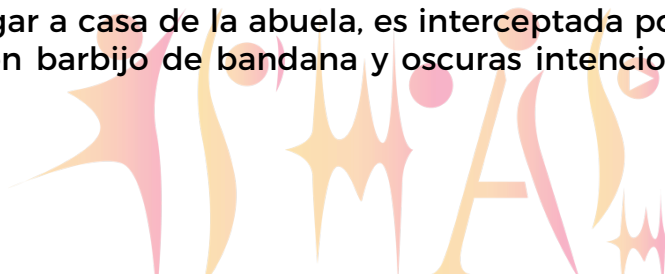
príncipe que la saca de su cuarentena un martes, aprovechando que su madre fue a hacer las compras (su carnet termina en 3). Pasean por la ciudad semi-vacía, evitando centros de abastecimiento, usando barbijos y guantes de látex. Ella se recoge el cabello en una trenza interminable. Se besan en cada esquina (no importa porque el príncipe también tiene coronavirus) y no contagian a nadie porque todos los demás ciudadanos sí respetan la cuarentena. El fin.

Hansel y Gretel: Había una vez una familia muy pobre, con dos niños llamados Hansel y Gretel. Los padres no tenían suficiente comida así que decidieron abandonar a los niños en el bosque. Pero entonces se dictó crisis sanitaria y cuarentena obligatoria en todo el territorio nacional y no podían salir de la casa para abandonar a los niños. Les llega el bono familiar de 500 Bs por hijo y la canasta familiar de donación y así se acaba el cuento sin novedad, pero la Bruja del Bosque se muere de un coma diabético luego de que, a falta de niños abandonados, tuviera que comerse su propia casa de chocolate. El fin.

Final alternativo: la canasta solidaria no llega nunca, y ante la imposibilidad de abandonar a sus hijos en el bosque, los padres se los comen. El fin.

Blancanieves y los siete enanitos: Blancanieves queda encuarentenada junto a los siete enanitos. Ella hace todas las labores de la casa, y ellos, al no poder ir a la mina a trabajar, se quedan en casa jugando videojuegos y comiendo como cerdos. Blancanieves está a punto de reventar. Mientras tanto, la bruja se disfraza de ancianita para ir a matarla con una manzana envenenada, pero al cruzar la avenida la policía la agarra y se la lleva a la cárcel porque, de acuerdo al toque de queda, no se permite que personas mayores de 65 años anden por la calle. En la cárcel, la bruja contrae coronavirus y muere. Blancanieves revienta. El fin.

Caperucita roja: La abuelita necesita que alguien le haga las compras en el mercado pero la presidenta de Bolivia ha dictado cuarentena obligatoria militarizada. Caperucita, que vive del otro lado de la ciudad, atraviesa la selva de cemento a media noche, llevando una canastita con pan, leche, vino tinto, limones, vitamina C y un tarro de dulce de leche, evitando puntos de control y patrullas. Unas cuadras antes de llegar a casa de la abuela, es interceptada por el lobo feroz: un rufián con barbijo de bandana y oscuras intenciones (robarse la canastita)...



Cenicienta: Los reyes de ese reino eran muy irresponsables y hacen un baile e invitan a todo el reino SABIENDO que hay pandemia de coronavirus. Se apoyan en el hecho de que el ministerio de salud había recomendado suspender actividades con más de mil asistentes y ellos habían invitado a tan solo 999. Cenicienta va con barbijo, en parte para protegerse del virus, en parte para que su madrastra no la reconozca. Cuando está bailando con el príncipe, éste tose en su mano y no en el hueco de su codo y Cenicienta sale corriendo, indignada. Al día siguiente, el rey cae enfermo con síntomas consistentes con el coronavirus y se dicta cuarentena nacional obligatoria, por lo que el príncipe no puede mandar a nadie a buscar a la misteriosa muchacha de barbijo. El fin.

Alicia

Alicia miró por la ventana del departamento a la calle completamente vacía. La mujer sobre el sillón seguía agonizando recatadamente, los cadáveres seguían muertos en sus sitios. Los moribundos seguían muriendo y Alicia miraba por la ventana.

Amor entró al living y abrazó a Alicia por detrás. Ella se apoyó en él, acariciándolo. Él olió el cuello de ella y le dio un beso debajo de la nuca. Así estuvieron largo rato, abrazados frente a la ventana. Luego la soltó y regresó al cuarto.

Alicia devolvió la mirada a la calle vacía, imaginando a los perros y a los vagabundos adueñándose de las plazas y las veredas, incendiando los basureros, armando hogueras para bailar en todas las esquinas de las ciudades abandonadas.

De pronto, se puso la mano en la frente, sobresaltada. Se tocó la mejilla. Corrió al baño, saltando por encima de los cadáveres. Revolvió el botiquín y encontró un termómetro.

Alicia volvió al living con el termómetro en la boca. Luego de unos minutos, se lo sacó y lo miró. Largamente. Lo puso sobre la mesa. Tomó su celular e hizo una videollamada.

-Hola, mami.

-No te hagas a la sueca. Dijiste ojalá. ¿Ojalá te contagies el coronavirus?



- Ma, no te conté antes, pero me despidieron.
- La puta madre.
- Sí.
- ¿Y Martín?
- A Martín también lo despidieron.
- Si al menos hubieras tenido hijos...
- ¿Qué?
- Tendrías derecho al bono familiar.
- Estoy pensando en otra forma de ganar dinero. Que no implique bonos. Ni intromisión en mi salud sexual y reproductiva.
- ¿Cuánto necesitas?
- ¡Nada! No te estoy pidiendo nada. Tengo una idea.
- No me gusta. ¡No me gusta!
- Voy a ser el Príncipe Inmune, mamá. Voy a contagiarme de coronavirus, voy a sanarme y haré que me den un carnet o algo, que certifique mi inmunidad. Y entonces voy a ofrecer Servicios Integrales de Acompañamiento en Crisis Sanitaria. Voy a ir a los hospitales donde la gente se está muriendo sola, y voy a acompañarlos. Voy a acariciar a las personas que se están muriendo, voy a cantarles, voy a tomarles de la mano.
- A cambio de dinero.
- Sí. A cambio de dinero. Iré también a los cementerios a ofrecer consuelo, abrazos, llanto que pueda salpicar sin contagiar a nadie, un cuerpo en luto para despedir al muerto hasta su última morada.
- No puedes cobrar por eso.
- Tengo PayPal.
- Es demasiado arriesgado, gente de tu edad también se muere por coronavirus. Ayer murió una enfermera en Santa Cruz, ¡tres años menor que vos!



-He subido mis defensas con jengibre y limón, he alcalinizado mi cuerpo con bicarbonato de sodio en ayunas, he calentado mis pulmones con infusiones aromáticas. Estoy lista.

-Alicia Bilbao. Eres una desatinada.

-Siempre quise ganar dinero de algo que me gusta hacer. Tener mis propios horarios. Ser mi propio jefe.

-¡Desatinada!

-Trabajo bien bajo presión. Sobre todo presión emocional. Trabajo muy bien bajo presión emocional.

-¡¡Desatinada!!

-Luego de un tiempo puedo reclutar a otros como yo: sobrevivientes del coronavirus sin empleo. Seremos legión. Seremos una transnacional del acompañamiento emocional. Y lo mejor de todo, ¿sabes qué es?

Su madre ya se reusaba a responderle.

-Lo mejor de todo es que si tú te enfermas, podré estar ahí. Cuidarte. Hasta podríamos evitar que vayas al hospital, yo podría cuidarte en tu casa hasta que te sanaras. Pero si eso no funcionara, si te pusieras grave y tuvieras que ir al hospital, yo iría contigo, estaría a tu lado. Hasta el último minuto.

Silencio en Whatsapp. Luego:

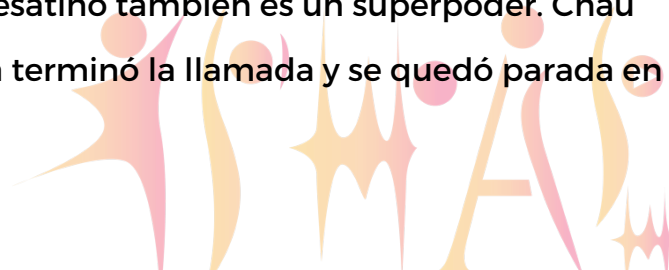
-Estás diciendo... que... me voy a morir. Tengo los días contados. ¿Eso estás diciendo? Soy población de riesgo, tengo artritis y me aquejan los pensamientos negativos, o sea, ¡voy a morir!

Alicia puso el termómetro frente a la cámara.

-Estoy diciendo que tengo fiebre. Ahora me voy a meter a la cama. Voy a descansar, y mantenerme hidratada hasta que pase. Y cuando pase, lo primero que haré es irte a visitar. Te llevaré vino y dulce de leche en una canasta.

-Desatinada.

-Tal vez el desatino también es un superpoder. Chau mami. Alicia terminó la llamada y se quedó parada en



medio de la sala.

La doctora colapsada bajo la mesa se levantó. Le mostró a Alicia los pulgares hacia abajo en señal de desaprobación y se desvaneció. Los cadáveres se levantaron del suelo. Hicieron una especie de cortés reverencia y se esfumaron.

Por último, la anciana moribunda se levantó del sillón. Se acercó a Alicia y le dio un beso en la frente, que ya ardía en fiebre. Y desapareció.

Alicia miró a su alrededor a la sala vacía.

